

66 páginas de FILOSOFÍA

Año IV - Nº 6 - Publicación del Departamento de Filosofía - Facultad de Humanidades - Universidad Nacional del Comahue - Diciembre de 1997

Macedonio Fernández, *Todo y nada*, Corregidor, Buenos Aires, 1995, Obras Completas, Tomo IX. Ordenación y notas de Adolfo de Obieta.

por: Raúl Cadús
U.N.Co.

Todo y nada es uno de esos libros que se dan al público ya casi del todo reseñados por dentro, mas no por contener un estudio preliminar que como suele pasar no es otra cosa que una lectura postliminar, sino por iniciarse el texto con las sencillas palabras del tenaz habitante de los umbrales de la obra de Macedonio Fernández, su hijo, Adolfo de Obieta, a quien le debemos además del arduo desciframiento caligráfico, en cierta medida, la composición de su obra.

El lector encontrará pues, en las primeras páginas del IX y último capítulo de las obras completas, las indicaciones que vertebrarían estas centenas de fragmentos escritos entre 1922 y 1952, con los temas, obsesiones y pasiones de toda una vida. Vertebración incesante, múltiple y fantasmagórica -si los órdenes posibles de las articulaciones lejos de responder al orden del método se abren, como en su condición de posibilidad, en los intersticios mismos de los motivos y proyectos macedonianos. Se trata, en efecto, de fragmentos liminares, mas no en el sentido de límite último que acabaría una obra sino dejando resonar la experiencia del umbral o bien, si hablamos de límite, su sentido primitivo de senda que se abre entre dos campos, de veta de una piedra preciosa. Absueltas de géneros y disciplinas, «esas anotaciones o apuntes sobre ensueños diurnos o nocturnos, sobre pesquisa de secuencias o concomitancias sigilosas para atisbar alguna causalidad o relación sutil, para dilucidar una realidad morosamente caótica (...) esas frases vertiginosas con su hasta obsesivas recriminaciones a la Terapéutica, al Estado, la burocracia, el electoralismo o el millonarismo o la literatura condescendida, con sus menudencias de psicología, sociología o biología...», no hacen menos que postular «la dudosa y elusiva completez de las Obras Completas» e invitar al pensar, tal vez, «al estudio libérrimo del lector que quiera aproximarse a su estilo de ser».

Quiere el estilo de ser y de escribir de Macedonio Fernández que la libertad en la recepción sea uno de sus más preciosos atributos -paradójico atributo- aun cuando se trate de estos fragmentos nacidos de la más cruda intimidad entre ser, pensar y escribir. Fragmentos que a veces son astilladuras de porfiados motivos, a veces como ecos de teorías haciéndose siempre, consideraciones pedestres, entrevisiones del misterio, ascensos hacia la ironización de los primeros principios y descensos hacia la absurdización por el humor incontenible, fragmentos algunos que no lo son, del mismo en que constituye una totalidad absoluta el trazo de un haiku. (Imagino la repetición, la sucesión de moradas e intemperies, las mesas, las innumerables habitaciones, papeles de entredormirse escritos para luego volver pero nunca volver, simplemente ir, empezar de nuevo).

Cabría sin embargo la posibilidad, a través de estas macedonerías, de un acercamiento sin mucho ruido a quien ha sabido como nadie borrar su rostro, a «quien tan a menudo se burló de biografías y de autobiografías, seguramente por conocimiento de la dificultad de ser sincero, o por respeto a lo vivido y su silencio, a los derechos de la memoria y del olvido». A mí, humilde y agraciado comentarista (humilde por lo de comentarista y agraciado por no tener mucho más que señalar hacia las primeras dos páginas del libro), me parece que no sería tanto y no tan poco sonreír ante la última fotografía de Macedonio en su tapa, si contamos de uno a nueve y nueve es lo último de semejante serie y de toda -ya que seguir contando es sólo cuestión de ceros y repeticiones...